

Valéry Giscard d'Estaing

EUROPA
LA ÚLTIMA
OPORTUNIDAD

Prólogo de
Helmut Schmidt

Traducción de
José Jesús Fornieles Alférez

*Por falta de un espíritu amplio
y de una verdadera comprensión,
un gran objetivo se ha perdido.*

Confucio

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
INTRODUCCIÓN	23
PREFACIO	27

PRIMERA PARTE

La línea recta y el movimiento circular

I.	La línea recta 1974-1991	37
II.	La unión económica y monetaria y el fin de la línea recta	77
III.	La entrada en la Europa circular	83
IV.	Intento de rescate: la Convención europea	91
V.	El presente de Europa	105

SEGUNDA PARTE

El proyecto

vi.	El debate en curso	119
vii.	El riesgo de dislocación de Europa	127
viii.	El golpe de estado de Bruselas	131
ix.	El objetivo. El gran proyecto: terminar Europa	135
x.	El recorrido. La estructura institucional de Europa y el directorio	153
xi.	El poder y el pueblo europeo	165
	CONCLUSIÓN	171

EUROPA



— Unión europea
(28 Estados miembros)

▨ 18 países
de la zona euro

■ Europa

Valéry Giscard d'Estaing

EUROPA

LA ÚLTIMA
OPORTUNIDAD

PRÓLOGO
JUNTOS POR EUROPA
HELMUT SCHMIDT

Oficialmente, Valéry Giscard d'Estaing y yo nos encontramos por primera vez en 1972, en una cumbre europea. Recuerdo que uno de nosotros se cambió de lugar para poder, de este modo, intercambiar impresiones con más facilidad. En 1974 alcanzamos al mismo tiempo nuestros cargos como jefes de gobierno. Siguieron siete años de cooperación basada en la confianza mutua y que dieron nacimiento a una profunda amistad. Retrospectivamente, considero estos años como los más satisfactorios de mi carrera política, teniendo en cuenta, además, que es poco común que una amistad verdadera se anude entre políticos de distintas nacionalidades. Y aún más inusual es el hecho de que esta amistad produzca

frutos políticos. Considero, pues, mi amistad con Valéry como un privilegio especial de mi vida.

La unificación de Europa debía hacerse progresivamente realidad, paso a paso. El sabio francés Jean Monnet, un gran europeo, comprendió muy pronto —justo después del fin de la Segunda Guerra Mundial— la necesidad de la integración europea. Después, lo formuló. Valéry Giscard d'Estaing y yo hemos estado profundamente imbuidos de esta intuición fundamental. Una intuición que nos ha guiado en nuestra acción común por Europa.

Desde el principio estuvimos unidos por esta visión estratégica: la integración permanente de Alemania en Europa sería de interés vital para nuestros dos países. Teniendo en cuenta su historia en la primera mitad del siglo xx y su situación geográfica en medio de numerosos vecinos, Alemania dependía y depende de Francia y de su integración europea. Al mismo tiempo, es patente el interés nacional de Francia por incluir a la vecina Alemania en el proceso de unificación. De los presidentes franceses, Valéry Giscard d'Estaing ha sido el primero en comprenderlo y obrar consecuentemente. Algo imposible si Francia no lo hubiese aceptado.

Las previsiones de Valéry Giscard d'Estaing y sus extraordinarias capacidades de hombre de Estado

han permitido grandes progresos en Europa. Sin Giscard no habría Consejo Europeo de jefes de Estado y de gobierno, ni habría elecciones directas al Parlamento europeo. Las reuniones internacionales del G6 no habrían visto la luz sin su iniciativa.

El sistema monetario europeo constituyó nuestro empeño más arduo, nuestro proyecto común más difícil. Tras el desfondamiento de Bretton Woods era necesario proteger mejor el espacio económico europeo contra las turbulencias monetarias y la especulación financiera. A partir de los trabajos preparatorios del belga Leo Tindemans y del luxemburgués Pierre Werner, nos dispusimos pacientemente a diseñar los jalones de una moneda única europea.

Estábamos convencidos de que solamente con una preparación minuciosa, unas propuestas concretas y una puesta en escena que se desarrollase en diferentes fases, la moneda única llegaría a ver la luz. Así, en 1986, alejados ya de las responsabilidades de gobierno, pusimos en pie una comisión para una unión monetaria europea, con el fin de realizar trabajos preparatorios de largo alcance. Entre 1991 y 1992, el Consejo Europeo adoptó una resolución para una moneda común gracias a la ayuda decisiva del presidente de la Comisión Europea de aquel entonces, Jacques Delors.

Después de más de medio siglo, Francia y Alemania trazaban de este modo el camino para la integración europea. Sin Robert Schuman, sin Jean Monnet, sin Charles de Gaulle y sin Valéry Giscard d'Estaing uniendo sus fértiles fuerzas por Europa todo esto no habría sido posible. Después de la Segunda Guerra Mundial, Francia fue el primer país de nuestros vecinos europeos en ofrecernos cooperación. Después, nos tendió la mano de la reconciliación. Nosotros, los alemanes, estaremos siempre en deuda con los franceses.

La integración europea es un acontecimiento único en la Historia. Proporciona paz a diferentes países después de más de sesenta años de guerras; no obstante, está lejos de haberse completado. Este aspecto inacabado se manifiesta sobre todo en la incapacidad de la Unión Europea y sus instituciones para luchar con eficacia contra el paro, con tasas dramáticamente elevadas entre los más jóvenes. Otro aspecto revelador es el de no tener formulada aún una política migratoria europea. Finalmente, que la integración europea está aún inconclusa se hace particularmente evidente en la medida en que Europa fracasa a la hora de pretender pronunciarse con una sola voz y actuar de una manera coherente.

La crisis actual de Europa no puede resolverse sin una *belle entente* entre Francia y Alemania.

No será a través de gestos simbólicos mediante los cuales París y Berlín estrecharán sus lazos. El espíritu de cooperación debe manifestarse, sobre todo, en proyectos comunes... ¡que permitan realizar progresos concretos! Durante un siglo el mundo ha promovido cambios tecnológicos, económicos y demográficos que llevaron permanentemente a los europeos a una unión cada vez más estrecha. Los estados europeos por sí solos no podrán competir en el mundo más que gracias a una alianza estrecha entre ellos y después de grandes esfuerzos.

Valéry Giscard d'Estaing expone en este libro las causas profundas de la deplorable situación en la que se encuentra Europa hoy en día. Y hay una razón fundamental: no hemos realizado las reformas necesarias solo para la existencia de la moneda única o del Banco Central Europeo, sino para ¡todas las instituciones europeas! El abandono de un método paulatino, de ir paso a paso, ha provocado que Europa se vea incapaz de avanzar. Si hasta 1990 la prioridad era deliberadamente profundizar en la integración para, después, en una segunda etapa, continuar con la ampliación, esta práctica, no obstante, se abandonó una vez se disolvió la Unión Soviética.

El tratado de Roma de 1957 no fue firmado más que por seis Estados. Hoy, la Unión Europea

comprende veintiocho Estados miembros. Pero las instituciones y los procedimientos de todos estos Estados no han adoptado muchas de las reformas necesarias. Por otra parte, a todos los Estados se les invitó a la cumbre de Maastricht para que participaran en la moneda europea, sin que se hubiera asegurado la coordinación necesaria de las políticas económicas y financieras, que siguen siendo nacionales. Visto hoy, las lagunas de Maastricht fueron un error fundamental y representan un pesado fardo para la integración europea.

Después de las tentativas infructuosas de Ámsterdam y Niza, una Constitución para Europa debía remediar esta situación y sustituir a los diferentes tratados. El hecho de nombrar como presidente de la Convención sobre el futuro de Europa a una personalidad tan relevante en toda Europa y considerablemente competente en esta materia como Valéry Giscard d'Estaing fue una sabia decisión. Bajo su dirección la Convención pudo presentar un texto muy útil en el verano del 2003. Una proeza que, sin embargo, los quince Estados miembros de entonces no han conseguido aprobar. Valéry Giscard d'Estaing obtuvo por ello el premio internacional Carlomagno, en Aix-la-Chapelle, en el 2003.

El fracaso de la ratificación de esta Constitución y los errores de Maastricht son desgraciadamente

hechos irreversibles. Las probabilidades de reconducir a Europa en el marco de nuevas reglas a través de un nuevo tratado son hoy menores que hace diez años. La opinión pública europea se revuelve por la falta de determinación en la toma de decisiones y por esta manía de elaborar reglamentaciones maximalistas. En muchos países europeos las voces antieuropeas ganan terreno. Pero el conformismo y el inmovilismo son malas respuestas ante la inminencia de una posible desintegración.

El proceso de una progresiva integración debe recuperarse para poder sacar a Europa de este callejón sin salida. Es de suponer que será posible únicamente con una mayor unión de los Estados miembros avanzando juntos. Las reformas necesarias para escapar de esta parálisis institucional de Europa no serán posibles sin ser divulgadas después de un largo debate. Por otra parte, no deberían enturbiar el análisis de los problemas urgentes del día a día por resolver. La lucha contra el paro dramático de los jóvenes y contra la depresión económica en los países del sur de Europa ¡no puede retrasarse! De igual manera es importante avanzar y completar la unión bancaria.

Con sus ochenta y nueve años (nació en Coblenza [Alemania] el 2 de febrero de 1926), siento una profunda admiración por mi amigo Valéry, quien tras más de cuarenta años de contribuciones

extraordinarias a Europa, continúa implicándose de manera inteligente y vigorosa en el debate sobre su evolución. Su libro nos muestra una visión poderosa y ambiciosa sobre el futuro de Europa. Es también un adalid de peso a favor de la razón y en contra de los egoísmos nacionales.

Coraje y determinación son las palabras clave para que las naciones europeas se convenzan de la necesidad estratégica de la integración europea. Así estarán dispuestas a cooperar y a cumplir con sus obligaciones de solidaridad mutua. La unificación de Europa solo triunfará manteniéndonos codo con codo.